

▪ 4 ▪

CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL—

¿CÓMO SE LLEVA A LA REALIDAD?

J. N. Armstrong

Justo antes de que Jesús dejara la tierra para ser exaltado por la diestra del Padre como Príncipe y Salvador, Él dijo a Sus discípulos: «Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Lucas 24.49b). Desde antes de Su muerte, Jesús les había prometido el Espíritu Santo, quien los guiaría a toda la verdad. En otra ocasión «les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hechos 1.4–5).

Poco después de darles el anterior mandamiento, Jesús «fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos» (Hechos 1.9b). «Entonces volvieron a Jerusalén» (Hechos 1.12a). Esto es lo que leemos en Hechos 2:

[...] Estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (vers.^{os} 1–4; lea también Hechos 1.9–12).

En los anteriores versículos se recoge el momento en que se cumplió la promesa del Salvador en el sentido de que los apóstoles serían investidos de poder desde lo alto. Esta es una verdad que ningún estudiante inteligente de la Biblia negará. Nuestro Señor no estaba dispuesto a permitir que estos discípulos salieran a salvar el mundo, sino hasta que el Espíritu Santo los llenara y les diera que hablar. Bien podemos concluir que la obra que hicieron después que de tal modo fueron investidos con poder fue la obra del Espíritu Santo. Nadie

debería poner en duda que Él hizo exactamente lo que vino a hacer, que era guiarlos a toda la verdad. No hay duda de que la obra de ellos como maestros fue, y siguió siendo para siempre, la obra del Espíritu Santo. El seguirlos a ellos equivale sin duda alguna a seguir al Espíritu Santo.

Nadie que haga contrario a la obra de estos apóstoles que fueron llenos de poder desde lo alto puede afirmar que el Espíritu Santo le guía en su vida religiosa. En otras palabras, una persona entusiasta de la religión es guiada por el Espíritu Santo únicamente en la medida que su vida y práctica religiosas estén en armonía con la vida y práctica de los que fueron investidos del poder del Espíritu. El que fielmente siga a los que fueron guiados por el Espíritu divino es libre de denominacionalismo; no pertenece a denominación alguna, sino que es sencillamente cristiano, un discípulo del Señor. Todos los que de este modo siguen la Guía que les indicó el camino a estos maestros, son miembros de la misma iglesia a la cual ellos pertenecieron, la iglesia de Dios. Los miembros de la iglesia de Dios de hoy día llegaron a ser miembros del mismo modo que lo llegaron a ser las personas que fueron guiadas por este poder. Es decir, no fue que se hicieron miembros de la iglesia, sino que Dios los añadió al número de Sus salvos a medida que «[estaban llegando a] ser salvos». Así, los salvos constituyen Su iglesia. No creo que haya quien ponga en duda que todo el que siga fielmente al Espíritu Santo será salvo, ni quien ponga en duda que Dios será tan bondadoso para con estos como lo fue para con los que siguieron al Espíritu Santo en Jerusalén. Si los anteriores conceptos se aceptan como verdaderos, entonces entendemos que todo el que así haga es salvo, y es añadido por el Señor a Su iglesia.

Se debe confiar en la objetividad y la bondad de corazón del lector para el entendimiento de esta

enseñanza. Es cierto que uno puede ser guiado por el Espíritu Santo para salvación y ser añadido nada menos que a la iglesia de Dios mismo, pero después irse al denominacionalismo, haciéndose miembro de una denominación o afiliándose a esta. El que así haga se convierte entonces en cristiano denominacional, en uno que pertenece a dos iglesias; pues fue añadido a la iglesia de nuestro Señor cuando fue salvo, pero después se hizo miembro de una institución hecha por el hombre a la que se le ha *llamado* iglesia. Esto es ni más ni menos lo que a veces hacen personas de corazón noble. No obstante, cada paso que se necesite dar para llegar a ser denominacionista se aparta de la enseñanza del Espíritu Santo y es contrario a los más fervorosos llamados de Éste.

El denominacionalismo es contrario al ejemplo de todo cristiano y de toda iglesia de la historia neotestamentaria. Ni un solo cristiano de la totalidad de los tiempos neotestamentarios fue jamás guiado por los apóstoles o profetas inspirados a hacerse miembro de una denominación. El que llega a ser más que cristiano—más que un discípulo del Señor y que un miembro de Su santa iglesia—toma sobre sí la responsabilidad de ir en contra de las enseñanzas y ejemplos de los santos hombres que fueron guiados por el propio Espíritu de Dios.

Si alguien está dispuesto a cargar con tal responsabilidad, aun cuando Dios lo desaconseja tan vehementemente, es asunto suyo; pero es asunto mío hacerle patente esa responsabilidad. Allí lo dejo. Es tan sencillo para la gente de hoy día ser solamente cristianos como lo fue en tiempos neotestamentarios; la única razón por la que la gente no lo es reside en que no están dispuestos, o en que carecen de conocimiento de las verdades acerca de Cristo.

Inmediatamente después que el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos, una gran multitud se congregó. Pedro —o mejor dicho, el Espíritu Santo, usando a Pedro como instrumento—aprovechó la oportunidad y comenzó a predicar. Jesús les había dicho a Sus discípulos que fueran a Jerusalén y que «esperasen», o que «no se fueran», hasta que el poder descendiera sobre ellos. Después de esto habían de predicar el evangelio a toda criatura. Pues fueron, esperaron y el Espíritu Santo descendió sobre ellos y entró en ellos; de modo que estuvieron preparados para predicar.

Pedro fue cristiano o discípulo no denominacional. Como maestro y predicador de esta categoría, no representaba a denominación alguna; era sencillamente miembro de la iglesia a la cual los salvos son añadidos por el Señor. No hay duda, entonces, de que su obra era no denominacional y

de que no podía haber hecho que se levantara denominación alguna. Formaban parte de su audiencia judíos que habían venido de lejos y de cerca a adorar a Dios, al propio Padre del Señor. Aunque estos eran judíos devotos, de vida muy religiosa y consagrada, ellos no creían que Jesús era el Hijo de Dios. Fue con esta incredulidad en sus corazones que ellos se congregaron; de allí que el desafío de la prédica de Pedro consistiera en demostrarles que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios. Cincuenta días antes de este día de Pentecostés, estos mismos judíos se habían manchado sus dedos con nada menos que la sangre del Hijo de Dios, creyendo que era a un impostor al que estaban matando. Pedro tenía ante sí una excelente audiencia —no eran personas de mentalidad mundana, ni ateas, sino que eran hombres como los hijos hebreos y como Daniel, que estaban dispuestos a morir en el servicio a Dios. Eran personas devotas, celosas y piadosas—constituían, en efecto, una excelente audiencia para esta ocasión.

Lo primero que hizo Pedro fue eliminar parte del prejuicio y de los puntos de vista errados relacionados con las maravillosas manifestaciones de poder que se habían dado en Jerusalén aquella mañana. Hizo lo anterior por medio de citar de la Biblia de ellos, que era el Antiguo Testamento. Después comenzó el sermón propiamente dicho:

Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó (Hechos 2.22–24a).

En este breve discurso, el Espíritu Santo, por medio del apóstol Pedro, predicó acerca de la vida de Jesús. Habló acerca de las maravillas, prodigios y señales que Jesús hizo, y acerca de la aprobación que Dios dio a Su Hijo. Declaró que esta audiencia se valió de inicuos, para crucificar y matar al Hijo de Dios, y que Dios había resucitado a Éste de entre los muertos. La proposición a ser probada era que Jesús había vuelto de entre los muertos. El Espíritu presentó pruebas, citando escritos de David, el dulce compositor de cánticos de Israel, a quien estas personas consideraban divino maestro y autor. Según se desprendió de lo citado, no hubo duda de que David estaba hablando acerca de la resurrección de alguien: O se estaba refiriendo a su propia resurrección, o estaba poniendo palabras

en boca de otro. El Espíritu llamó la atención al hecho de que David había muerto, había sido sepultado y su sepulcro todavía estaba con ellos hasta ese día. Por lo tanto, en vista de que no podía haberse referido a sí mismo, ¿a quién se refería? El Espíritu dijo que David, siendo profeta y sabiendo que Dios había jurado que levantaría a alguno de su descendencia para que se sentara en su trono, estaba hablando de la resurrección de Cristo:

A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís [...] Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hechos 2.32–36).

Lo anterior fue suficiente para llenar de convicción los corazones de estos sinceros y devotos oyentes. A esas alturas, ya casi estaban viendo manchas de sangre en sus manos, y sintiéndose culpables por haber matado al propio Hijo de Dios. «Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?» (Hechos 2.37).

¿Estaban convencidos? ¿Habría quien lo pusiera en duda? ¿Creían estos que así clamaban, que Jesús, a quien habían crucificado cincuenta días atrás, era el Cristo, el Hijo de Dios? ¿Dudaban ellos de que Dios lo había aprobado por Sus poderosas señales? ¿Habían hecho ellos ahora lo que el Espíritu les había dicho que hicieran? Es decir, ¿sabían ellos «ciertísimamente» que Dios lo había hecho a Él Señor y Cristo? Si realmente sabían esta verdad del evangelio, y si la sabían de la manera como el Espíritu que estaba en Pedro se la había dado a conocer —es decir, «ciertísimamente», con total seguridad, sin duda alguna— ¿qué les faltaba, entonces, para tener fe? Uno ha de saber sin duda alguna, con plena certeza, que Jesús fue el propio Hijo de Dios; que sus prodigios constituyeron la señal de que Dios lo aprobó; que fue crucificado, levantado de entre los muertos y exaltado por la diestra de Dios para hacerlo «Señor y Cristo». Cuando ya uno sabe ciertísimamente todo lo anterior, con toda certeza, ¿qué debe hacer para creer? ¿Necesita que le digan que crea uno que confiadamente recibe todas estas grandes verdades, de modo que su corazón es compungido hasta clamar: «¿Qué haré?»? ¿Qué más necesita creer, y cómo lo creará?

A estos creyentes —que sabían ciertísimamente estas grandes verdades acerca de Jesús— a estos compungidos, el Espíritu dijo:

Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare (Hechos 2.38–39).

Después, los anales divinos nos relatan: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas [...] Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2.41–47b).

Recordemos que estamos examinando una «iglesia reunida» que es libre de denominacionalismo. Estamos contemplando una iglesia que está activa, salvando al mundo. La enseñanza fue dada por el Espíritu Santo que envió nuestro Señor, y el hombre por el cual Él estaba hablando era un miembro de esta iglesia no denominacional, pura y sencilla. En esta iglesia no denominacional que estaba reunida, este maestro no denominacional hizo un llamado a los incrédulos a «saber ciertísimamente», sin duda alguna, que Jesús era «Señor y Cristo». A todos los que supieron y fueron compungidos de corazón se les mandó: «Arrepentíos». Así, en esta reunión no denominacional, a las personas no salvadas se les mandó primero recibir sin duda alguna las grandes verdades del evangelio; luego arrepentirse y por último ser bautizadas «en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados».

Por lógica irrefutable se deduce, entonces, que cualquiera que predique a Jesús hoy día del modo que Pedro lo hizo, estará dando enseñanza no denominacional. Para hacer así, debe predicar a Jesús como el Hijo aprobado de Dios, como el Señor y Cristo que fue resucitado y coronado. Debe llamar a los que no son salvos a creer, o a saber «ciertísimamente». Después debe exhortar a todos los que sepan estas verdades a arrepentirse y a bautizarse en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados.

Del mismo modo, todo el que sea compungido de corazón al saber «ciertísimamente» que Jesús es Señor y Cristo, y que se arrepienta y se bautiza en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, es salvo. Llega a ser así discípulo del Señor, sencillamente cristiano, y es añadido a la iglesia de nuestro Señor. La iglesia cuya obra hoy día constituya una réplica de la obra del Espíritu que fue recogida para nuestra enseñanza, será tan aprobada por Dios y tan dirigida por el Espíritu como lo fue la anterior reunión no denominacional. Si no fuera así, la Biblia no tendría valor alguno para nosotros. ■